

fía, no atreviéndose á poner en duda una verdad de hecho que atestigua toda la historia, ha procurado servirse de ella para explicar naturalmente la propagacion rápida del Evangelio. Por no confesar que el establecimiento del Cristianismo ha sido obra de Dios, se ha visto obligada á reconocer y confesar que produce y práctica virtudes divinas<sup>1</sup>.

Por el espacio de treinta siglos, el hombre testigo de las miserias inseparables de la condicion humana, no habia soñado si quiera en el alivio de sus hermanos afligidos. En efecto, no se encuentra en toda la antigüedad ni aun sombra de una institucion á favor de los desgraciados: ni la filosofía ni el paganismo enjugaron jamás una sola lágrima. Aunque la compasion sea un sentimiento natural, acaso por este mismo motivo la razon

» *nónica, no podian asistir á la celebracion de los santos misterios. Permanecian á la puerta de la iglesia, á la parte exterior, orando mientras se decía la misa*, deseo sacrificarme á mí misma por la gloria de su nombre, á fin de que este cuerpo, que tantas veces he manchado con mis culpas, se purifique por los tormentos. — *Gayo*. Ya sé que eres una prostituta. Sacrifica, pues, porque tú no puedes aspirar á la amistad del Dios de los cristianos. — *Afra*. Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que habia bajado del cielo para salvar á los pecadores; y el Evangelio refiere que permitió á una mujer pecadora como yo, que le besase los piés y regase con sus lágrimas, y que la perdonó sus pecados. Léjos de desechar á los pecadores, hablaba familiarmente con ellos, y se sentaba á comer á su mesa. — *Gayo*. Sacrifica, y tendrás muchos amantes que te llenarán de riquezas. — *Afra*. Renuncio para siempre á semejante ganancia. Me he desecho de todos los bienes que habia adquirido de esa suerte. Ni aun los pobres de entre nuestros hermanos han querido recibirlos, aun cuando se los daba para que rogasen á Dios por mí (*La Iglesia, segun el rigor de la antigua disciplina, no queria recibir, ni aun para el socorro de los pobres, las ofrendas de los pecadores públicos, ó el dinero adquirido por medios ilícitos.*) — *Gayo*. Jesucristo no te puede mirar como suya. En vano es que le mires como tu Dios: una mala mujer no pudo jamás llamarse Cristiana. — *Afra*. Confieso que no merezco llevar este nombre; pero Jesucristo me ha hecho la gracia de admitirme en el número de los que creen en él, etc. » *Vies des Saints trad. de l'angl. par Godescard, t. VII, p. 121, 122, édit. de Versailles.*

<sup>1</sup> Véase la *Histoire de la décad. de l'Empire rom.* par Gibbon.

la separa, la aleja de sí. Séneca tuvo valor para llamarla *vicio de una alma débil*. No llorar con los que lloran, era uno de los preceptos de Marco Aurelio, y la doctrina comun de los estóicos. *El sabio*, dice Virgilio, *no se com-padece de la indigencia ajena: neque ille, aut dohuit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¿Cuánto dista este frio egoismo de la caridad cristiana? ¡Qué! ¿tan sensible es el hombre á los males de los otros, que sea necesario endurecerle, empapando su alma en bárbaras doctrinas? Por el contrario, el milagro mayor del Cristianismo es hacerle sensible á los males ajenos; y este al menos no se negará, porque salta á los ojos de todos, aun cuando no mueva todos los corazones. Venid pues, seguid los pasos de esta Religion de amor; contad, si es posible, los beneficios que á manos llenas derrama sobre las criaturas, las obras de misericordia que inspira, y que ella sola puede recompensar. En una peste, que en el siglo tercero desoló una parte del imperio, los paganos, abandonando á sus amigos y parientes, no pensaron mas que en preservarse del contagio por medio de la fuga. Los cristianos, entonces tan cruelmente perseguidos, tomaron sobre sí el cuidado de todos los enfermos, así idólatras como fieles, y se vengaron de sus enemigos, como se vengán los cristianos, sacrificándose por ellos. ¿Cuántos ejemplos semejantes, no nos ofrece la historia de la Iglesia? Los discípulos de Jesucristo fatigaban con la profusion de sus beneficios á sus mismos destructores. « No es una vergüenza para nosotros, escribia el Emperador Juliano Apóstata á Arsacio, Pontífice de Asia, que los galileos, además de sus pobres, sostengan tambien los nuestros? »

El Cristianismo no degenera con los siglos. Sus anales están llenos de toda especie de servicios, que ha hecho en todas épocas á la humanidad. El mismo espíritu de amor que produjo tantos prodigios de amor en los primeros tiempos, los produce semejantes é iguales todos los dias entre nosotros. ¿Quién no recuerda con una tierna emocion aquellos religiosos españoles, que tocando una campanilla, corrían las calles de una ciudad apestada<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Málaga. Tampoco olvidará Tortosa la caridad generosa de las

avisando por este medio á todos los vecinos de su vida, para que pudiesen reclamar sus socorros? ¡Ah! casi todos murieron mártires de su caridad.

Pero dejemos hechos particulares con que podríamos llenar innumerables volúmenes: pasemos en silencio los Borromeos, los Belsunces, y aquel Vicente á Paul, que en tiempos de calamidad alimentaba provincias enteras, cuya inmensa caridad se dilataba mas allá de los mares, hasta las playas de Madagascar, y los bosques de la Nueva-Francia, y que parecia haber tomado á su cargo aliviar por sí solo todas las miserias humanas; hombre prodigioso, que ha forzado á nuestro siglo á creer en la virtud: dejemos á estos y otros mil, y consideremos únicamente los establecimientos perpetuos, los beneficios generales y permanentes de la Religión. ¿A quién sino á ella se deben esos asilos solitarios de la inocencia y del arrepentimiento, que los pueblos echarán de menos cada día mas? ¿Quién sino ella levantó esos pacíficos recogimientos de la desgracia, esos suntuosos palacios de la indigencia? La filosofía en el momento que dominó, no supo mas que destruirlos. La razon humana nada perdonó de cuanto habia creado la fe en favor de la humanidad. ¿Y con cuánta profusion no habia multiplicado el Cristianismo los institutos de caridad tan eminentemente sociales? Su número casi infinito igualaba al de nuestras necesidades. Aquí la *Hija de san Vicente á Paul* visitaba al anciano enfermo, y al mismo tiempo que le hablaba del cielo curaba sus llagas asquerosas; ó transformada por la ternura de su caridad en madre sin dejar de ser virgen, fomentaba y acariciaba en su regazo al niño expósito. Allí la *Hermana hospitalaria* asistía y consolaba al enfermo, y se olvidaba de sí misma para prodigarle día y noche los servicios mas peñosos y repugnantes. Allá el *religioso de San Bernardo* estableciendo su mora-

Hijas de la Caridad y de los Jóvenes Jesuitas, que se consagraron últimamente á la asistencia de los apesladados en los años mismos de nuestros trastornos revolucionarios. Así se vengaban los institutos religiosos de la persecucion sangrienta y vilipendiosa, que entonces mismo les hacia la filosofía de la revolucion.

da en medio de las nieves<sup>1</sup>, acertaba su vida para salvar la del viajero extraviado y perdido en las montañas de los Alpes. En otras partes hubiérais visto al *Agonizante* cerca del lecho del moribundo, ocupado en hacerle mas dulce el último paso de la vida; ó al hermano de la *buena muerte*<sup>2</sup>, llevando en sus hombros y dando tierra á su ya frio y yerto cadáver de los indigentes. Al lado de aquellos *caballeros* valientes, hijos y hermanos del Santo Abad de Fitero<sup>3</sup>, de aquellos *soldados rezadores*, que casi solos protegieron por largo tiempo la Europa contra la barbarie musulmana, se descubria al *P. Mercenario*, rodeado como un triunfador, de los cautivos que habia, no encadenado, sino redimido de sus cadenas, exponiéndose á mil peligros y á fatigas increíbles. Sacerdotes y religiosos de todas las Órdenes, rompiendo por una virtud sobrehumana los vínculos de su mas tierno amor, iban con indecible gozo á regar con su sangre regiones lejanas y salvajes, sin otra esperanza ni deseo que la de arrancar á la ignorancia, al crimen y á la infelicidad hombres no conocidos. El laborioso *Benedictino*, despues de haber fecundado con su sudor nuestras colinas incultas, y nuestros estériles desiertos, retirado en su celdilla desmontaba el campo no menos árido de nuestras antiguas leyes é historia. Ni la educacion, ni el púlpito, ni las misiones, ninguna obra útil era extraña al *Jesuita*. Su zelo lo abrazaba todo, y bastaba para todo. El *Capuchino* humilde recorria sin cesar las aldeas y los campos para

1 Los monasterios establecidos en las cimas de los Alpes para el amparo de los viajeros.

2 En la antigüedad eclesiástica son muy conocidos los nombres de los *Copistas* y *Fossarios*, que se empleaban por instituto en dar sepultura á los difuntos. En varias ciudades de España hay otras congregaciones semejantes de piadosos Tobías, que se ocupan en hacer este último servicio á sus hermanos en Religión. En Madrid es muy nombrada la piadosa congregacion de la *Paz y Caridad* para dar sepultura á los delincuentes: no sabemos el nombre de las destinadas á esta obra de caridad entre los extranjeros, y por eso hemos expresado así la idea del autor.

3 Los caballeros de las órdenes militares, á cuyas proezas se debió por tanto tiempo el enfrenamiento de la morisma en España, de que dió el primer ejemplo San Raimundo, Abad de Fitero.

ayudar á los pastores en sus santas funciones, bajaba al interior de los calabozos mas profundos para hacer oír palabras de paz á las víctimas de la justicia humana; y semejante á la esperanza, cuyo ministro era, acompañando hasta el último suspiro al infeliz que iba á morir, participaba de sus angustias, reanimaba su valor abatido, y le confortaba á un tiempo contra los terrores del suplicio, y los del remordimiento. Sus manos compasivas no se desasian, digámoslo así, del desventurado que habian recibido al pié del tribunal inflexible del hombre, hasta haberle depositado al pié del tribunal del Dios clemente y misericordioso.

¿Quereis detener vuestros ojos contristados por esta escena dolorosa sobre un espectáculo mas dulce y alhagüeno? Contemplad al *Hermano de las escuelas cristianas*<sup>1</sup>, enseñando á los niños los elementos de las letras, la doctrina de las ciencias, y la mas preciosa de las obligaciones, hablándoles de Dios con unción, y preparándolos para la felicidad, formándolos en la virtud. Nunca olvidemos esto, la Religion es la educacion única del pueblo. Sin la Religion nada sabria, nada especialmente de lo que mas importa á la sociedad que sepa, y que á él mismo mas le interesa saber. Sin ella ignoraria no menos sus obligaciones que su fin; en medio de tantas academias, universidades y gimnasios, vegetaria en un embrutecimiento feroz, cien veces peor que el estado sal-

<sup>1</sup> El Instituto de los *Hermanos de las Escuelas Cristianas* es fundacion del P. La Salle: ellos son los que en Francia tienen á su cargo en gran parte la educacion de la niñez, viéndose con placer á los Consejos de los distritos pedir incesantemente que se ponga la educacion en manos de estos, y otras personas religiosas, y se quiten las *Escuelas Lancasterianas*, ó de *enseñanza mutua*. La experiencia les ha abierto los ojos, y hecho ver que una institucion de un *Quákaró* inglés, é introducida en Francia por Bonaparte para afirmar con la generacion naciente su despotismo y dinastia, no podia menos de ser nociva á su felicidad. Luego que se han visto y palpado las consecuencias, no se ha dudado en la preferencia: ¿qué mucho? « la cuestion era muy sencilla: se trataba nada mas, dice » el Ab. La Mennais (*Mélanges*, fol. 379), de escoger entre la sociedad y la anarquía. » Llámense tambien los *Hermanos de San Yon*. Entre nosotros hay los PP. de las Escuelas Pias.

vaje. La Religion le civiliza; ella alimenta al pobre no menos con la verdad, que le sustenta con el pan; ilustra, engrandece su inteligencia, y el menor de los niños enseñados en su escuela, mas verdadero filósofo que esos pretendidos sabios que no conocen otra guia que su razon, con el catecismo en la mano, confundiria su altivez por la sublimidad de sus doctrinas. Era digno de una filosofía materialista creer perfeccionar la educacion del pueblo, sustituyendo evoluciones á instrucciones, y poniendo en sus manos una pizarra muda en lugar del libro en donde bebia estas profundas é importantes lecciones<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hace alusion á las Escuelas de *Enseñanza mutua* ó *Lancasterianas*, tan preconizadas en estos últimos tiempos. Este método, salido de la cabeza de un *Quákaró* inglés, pedido por el regicida Carnot, é introducido en Francia por Bonaparte durante el reinado de los *Cien dias*, si pudo por algun tiempo engañar la buena fe de algunas personas bien intencionadas, hoy ya está demostrativamente reconocido no como quiera por un *procedimiento*, sino como un *medio* de propagacion liberal. El no es otra cosa que una aplicacion de la vergonzosa definicion del hombre dada por Saint-Lambert; que el *hombre es una masa organizada, que recibe las impresiones de todo lo que le rodea*. Haciendo de la educacion un puro mecanismo, es de una parte nulo para el fomento de las buenas costumbres, y de otra singularmente acomodado para sembrar las ideas de independencia en la juventud. En Francia desde luego se observó que estas Escuelas tiraban todas á favorecer las nuevas doctrinas; y los pueblos enseñados por la experiencia, en vista del aumento progresivamente espantoso de desórdenes que se iba notando en los niños y jóvenes criados en ellas, se han apresurado á desechárlas, y pedir al gobierno las substituyan, y substituir los *Hermanos de las Escuelas cristianas* (Véase la cita de la pág. anterior). El zelo de nuestros mas fogosos constitucionales para establecerlas aun en los cuerpos militares en los dias de su dominacion, confirma la idea de M. Dubois-Bergeron, de que estaban secretamente dirigidas por los propagandistas de las nuevas luces. ¿Qué nos cansamos? Citese un solo enemigo de la Religion y de la monarquía, que no sea amigo del nuevo sistema de Enseñanza mutua ó Lancasteriana. Ya en Alemania los *niveladores* de la educacion pública, con el objeto de sacar al gobierno austriaco del embarazo en que se hallaba para suplir el vacío que habia quedado en la educacion general por la supresion de los Jesuitas, habian inventado unos cincuenta años antes un sistema semejante; y contaban tanto con él, que para que no se des-

No acabaría si hubiese de recordar aun en compendio todos los servicios hechos á la sociedad por el Clero católico. ¡Oh! ¡qué hermoso pensamiento fué colocar al lado de los ministros inexorables de las leyes los ministros sagrados de la humanidad y de las costumbres, y hacer que la misericordia fuese un cargo, una función pública! Entrad en el seno de las familias, preguntad á sus individuos, y ellos os diran lo que deben á esta admirable institucion. ¡Cuántas enemistades terminadas! ¡cuántos esposos, parientes y conciudadanos reconciliados! ¡cuántas víctimas arrancadas al vicio, cuántos agravios reparados, cuántas iniquidades prevenidas, penas consoladas, miserias secretas redimidas! O vosotros, á quienes el nombre solo de eclesiástico, de clérigo, ó de fraile os irrita, ó hace reír de menosprecio, ¿sabeis bien lo que es un sacerdote? ¡Ah! un sacerdote por obligacion, por su estado, es el amigo del menesteroso, la providencia viva de todos los infelices y desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor nato de todo el que carece de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y males, que engendran vuestras pasiones y doctrinas funestas. Su vida toda no es otra cosa que un dilatado y heróico sacrificio por la felicidad de sus semejantes. ¿Quién de vosotros consentiria en trocar como él todos los consuelos y satisfacciones domésticas, todos los bienes que con tanta ansia buscan los hombres, por unos trabajos oscuros y obligaciones penosas, por funciones cuyo ejercicio lastima, y quiebra el corazon, repugna y molesta á los sentidos, sin haber de recoger frecuentemente otro fruto de tantos sacrificios que el desprecio, la ingratitud, el insulto? Aun estais vosotros sepultados en un profundo

conociere ni su origen ni su fin, afectaron designarlas por el instrumento simbólico mas usual y común en las logias de los iluminados, dándolas el nombre de *normales*, de la palabra *norma*, esto es, esquadra ó nivel, que es su adorno favorito. ¡Cuánto mejor es para los pueblos que sus hijos se formen cristianos que charlatanes ó filósofos! Véanse *la vérité sur l'enseignement mutuel considérée dans la nature, son origine et ses effets.* — *Les nouvelles écoles à la Lancaster cités au tribunal de l'opinion publique,* par M. Dubois-Bergeron.

sueño, y ya este hombre caritativo anticipándose á la aurora, ha vuelto á dar principio otra vez á sus obras de misericordia. Ya ha consolado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del desdichado, ó hecho correr las del arrepentimiento, instruido al ignorante, alentado al débil y afirmado en la virtud á muchas almas turbadas por el tumulto de las pasiones. Después de un dia ocupado en tales obras, empleado todo en hacer tales beneficios, llega la noche, pero no viene para él el descanso. A la hora misma en que el placer os convida, y os llama á vosotros á los espectáculos y diversiones, vienen á toda prisa buscando al ministro sagrado. Un cristiano está cercano á su último instante, va á morir, y acaso de una enfermedad contagiosa: no importa, el buen pastor lo deja todo, vuela al momento; no, no permitirá espire su pobrecita oveja sin aliviar sus congojas, sin dulcificar su agonía, sin prestarle todos los consuelos de la esperanza y de la fe, sin orar á su lado al Dios que murió por ella, y que en este mismo instante la da, en el Sacramento de su amor, una prenda segura de la inmortalidad.

Ved ahí el sacerdote; miradlo bien; hé ahí lo que es: no cual, juzgándole por algunas excepciones escandalosas (qué vuestro trato y doctrinas han producido), se complace vuestra aversion en figurársele; sino como real y verdaderamente existe en medio de nosotros. Sí, la Religion es la misma hoy que lo fué en su origen. Hay memos cristianos; pero los verdaderos cristianos no se han mudado. Las virtudes mas puras, virtudes dignas de los primeros siglos, honran todavía al Cristianismo. No quiero alegar otra prueba que esas Congregaciones piadosas, esos establecimientos útiles, que un zelo tan vivo como ilustrado forma todos los dias á nuestra vista. ¡Cuántos hombres y mujeres de todas clases y condiciones, y aun cuantos jóvenes, recatándose de todos para obrar el bien conforme al precepto del Evangelio, dedican y consagran á buscar la infelicidad y remediarla, el tiempo que vosotros perdeis en diversiones frívolas, ó que tal vez empleais en insultar la Religion santa que les inspira este maravilloso desprendimiento! No los conocéis, ya lo sé; pero son bien conocidos en los hospitales, en las cárce-

les, en esos aposentillos y rincones oscuros, donde la indigencia que han sócorrido los bendice. La *Hija de la caridad* no ha olvidado el camino que conduce á la choza del pobre, y si vosotros no la encontrais jamás, preguntaos á vosotros mismos la razon.

Mas no, la diré yo, porque importa mucho que llegue á conocimiento de todos; es porque vuestros frios discursos y apática *filantropía* no tiran sino á extinguir hasta el mas pequeño gérmen y sentimiento de humanidad. Cuando el Cristianismo empieza á entibiarse en un pueblo, bien presto se ve á este mismo pueblo sumergido, y hecho presa de la desgracia, conspirar contra todos los infelices. Se inventan mil pretextos para excusarse de socorrerlos. Dar limosna á un mendigo, es fomentar la ociosidad y holgazanería: ¿el otro infeliz se muere de hambre? ¿no tiene con que cubrir su desnudez? ¿se le ve yerto en carnes vivas? — Que trabaje. — Es un anciano encorvado por la vejez. — En toda edad, si se quiere, no falta ocupacion. — Es un niño. — Ah! guardaos de criarlo en la ociosidad; desde un principio se deben combatir los malos hábitos. — Es una pobre madre cargada con una numerosa familia, rodeada de un enjambre de hijuelos. — Lo dice, pero será ó no será así: antes de gratificarla magníficamente con una *blanca*, es necesario informarse; pero no hay tiempo. — Aquel otro busca trabajo; y no lo halla. — Porque no quiere; si quisiera de veras, no le dejaria de hallar: en fin, se verá, lo pensaremos; y en el interin no se le da, ni se socorre por temor de dar mal ejemplo. Regla general. Todo el que pide, es sospechoso: dar oidos á los pobres, es invertir el buen orden, y pensando hacerles bien, perjudicarles á ellos mismos; es fomentar su perdicion.

De este modo la filosofía, sin recurrir al mismo expediente que Galerio, que mandó reunir en barcos y sumergir á todos los mendigos de su imperio, la dulce filosofía logra con corta diferencia el mismo fin con sus sabios sistemas y benéficas instituciones. Ella llama en su auxilio á todas las ciencias físicas, para arrancar á la naturaleza el secreto de algun alimento tan vil, que la avaricia le pueda ofrecer sin pena á los necesitados, y para calcular con precision la medida de padecimiento.

y el grado de necesidad en que el hombre muere si no es socorrido: ¡tanto teme el lujo de la conmiseracion! Feliz aun y muy feliz el indigente, si no tiene que gemir mas que de este favor irrisorio; pero por lo comun no se para aquí. A fin de evitar á los afortunados del siglo la vista importuna de los miserables, se les *retira* de la sociedad, se levantan gruesas murallas entre los suspiros del pobre y los oidos del rico; se arrebatá la libertad á los que han perdido todos los otros bienes; se trata como delincuentes á los que no tienen mas delito que el ser miserables y padecer; y sin embargo, ¿aun se nos celebrará esta horrible inhumanidad como una obra perfecta de administracion? ¡Ah! si sois indiferentes, al menos no seais bárbaros: abrid vuestros calabozos filantrópicos; no temais, los desventurados Lázarus que encierran no os pedirán las migajas de pan que caen de vuestras espléndidas mesas, no: tampoco la vida, que esto seria mucho; lo que os piden es, que les dejes morir echando sus últimas miradas sobre los lugares que los vieron nacer, sobre los campos que cultivaron para vosotros, y no los alimentaron á ellos; lo que únicamente os piden es lo que concede la naturaleza á todos los seres, y vosotros mismos no negais á los animales.

Entre tanto, oídlo de boca del gran Maestro: por mas que hagais, *habrá siempre pobres entre vosotros*<sup>1</sup>. Sí, habrá siempre pobres, para éstorbar que el hombre se endurezca; para turbar el funesto reposo de la opulencia, y despertar en el fondo de los corazones la piedad y misericordia: habrá siempre pobres, á fin de que siempre haya virtudes: habrá pobres y dolientes, para representar al linaje humano tan doliente, y tan pobre y miserable el mismo, que un solo movimiento de orgullo en un hijo de Adan es un prodigio eternamente inexplicable á la razon.

Mas si siempre ha de haber pobres, tambien habrá siempre una Religion que los consuele. He recordado solo una parte de sus beneficios, que son tan grandes, como conocidos é indisputables. Pues ¿cómo es que una

<sup>1</sup> Semper pauperes habetis vobiscum. *Math.* xxvi, 11.

Religion que tanto favorece á la humanidad, tenga enemigos entre los hombres? ¿Es posible que tanto amor no haya de desarmar su odio? ¡Ay! este odio lo excita la hermosura, la misma perfeccion de la ley evangélica. Las severas obligaciones que impone, aterran las pasiones, y se le disputa y no se quiere conocer el bien que hace, por no practicar el bien que manda obrar.

No hay sofisma mas común que el que quiere hacer responsable al Cristianismo de todos los delitos que se cometen entre los pueblos cristianos. Ha habido guerras de Religion; luego la Religion manda derramar la sangre. Hay latrocinios, asesinatos; luego la Religion no reprime unos ni otros. Hay malos sacerdotes; luego la Religion no es mas que una capa con que el Clero cubre sus desórdenes. Pero, decidme: ¿pensais que la moral es una quimera, un origen y manantial de calamidades? Si así lo creéis, ya concibo la causa de vuestras acusaciones contra la Religion. Pero si no lo pensais así, responded vosotros mismos á vuestra objecion; en otro caso, yo la haré valer con mucha mayor fuerza contra la moral.

Seguramente es acreditar una pequeñez bien rara de talento, repetir con tanta simplicidad aquellas añejas declamaciones que hacian reir de lástima y compasion á Montesquieu. Recordad con qué desdenoso desprecio confunde al solista Bayle. « Decir que la Religion no re-  
» prime y contiene el mal, porque no lo contiene y re-  
» prime siempre, es decir que las leyes civiles no son  
» tampoco un motivo que reprime. Es discurrir muy mal  
» contra la Religion reunir en una grande obra una larga  
» enumeracion de los males que ha producido, sin hacer  
» otro tanto de los bienes que ha hecho. Si yo quisiera  
» contar todos los males que han producido en el mundo  
» las leyes civiles, la monarquía y el gobierno republi-  
» cano, diria cosas horribles<sup>1</sup>. »

¿Qué cosa hay de que no abusen los hombres? Abusan de los alimentos destinados á sustentarlos, de las fuerzas que se les dieron para obrar y conservarse; abusan de la palabra, del pensamiento, de las ciencias, de la libertad, de la vida; abusan del mismo Dios. ¿Ha-

<sup>1</sup> *Esprit des Loix*, lib. 24, ch. 11.

bremos de decir por esto que estas son cosas perniciosas? ¿Habremos de decir que no hay bueno mas que la nada?

Las guerras, muertes, y las maldades todas, á que sirvió de pretexto el Cristianismo, están tan léjos de poder atribuírsele, que para impedir las, hubiera bastado aumentar su energía y fervor. Con algunos grados mas de fe, la virtud hubiera triunfado con la Religion.

En efecto, ¿qué viene á ser un ladrón, un asesino, un avaro, un sacerdote desapiadado, ó de perversas costumbres? Un hombre sin fe, ó de una fe débil y flaca, pues que ella cede á la pasion que debería domar, es un rebelde, que la Religion condena á muerte, si él no se condena á sí mismo por el arrepentimiento: es un incrédulo ó especulativo ó práctico, un ateo consecuente, ó un inconsecuente cristiano. No se comete pues en el mundo ni un solo delito, del que no tengamos derecho para pedir cuenta á la incredulidad. Ella sola es la que los produce todos, aun los mismos que con tanta arrogancia echa en cara al Cristianismo: ella es la que abortó la matanza de *San Bartolomé*<sup>1</sup>, y movió el puñal de *Ravaillac*<sup>2</sup>.

En poniendo á un lado las preocupaciones y sofismas, no queda en propiedad á la Religion mas que sus beneficios. Ella sola establece el orden en la sociedad, dando la razon de la potestad y de las obligaciones, perfeccionando las leyes, purificando las costumbres, uniendo todos los miembros del cuerpo social con vínculos de amor. ¿Habrá pues quien niegue la importancia de una institucion tan benéfica y necesaria? Y si esta se conoce y confiesa, ¿con qué motivos se justificará la indiferencia apática, en que muchos afectan mantenerse respecto á una doctrina de la cual dependen la felicidad del hombre en particular y la de los pueblos, y aun lo diré tambien, la gloria exterior de Dios? Porque suponiendo la existencia de una Religion verdadera, esta Religion, único medio de sociedad entre Dios y el hombre, es tambien, como probaremos en el capítulo siguiente, el medio que Dios

<sup>1</sup> Sobre esta hablaremos á su tiempo.

<sup>2</sup> Asesinó de Henrique IV de Francia.

ha elegido para manifestar exteriormente sus perfecciones ó su gloria, y para establecer el orden en la sociedad de los seres inteligentes y racionales, de los que él es el Monarca. Violar pues este orden, es uno de los mayores delitos que un sér racional puede cometer; y exponerse á violarlo, no queriendo asegurarse de su existencia, es una locura tan extraña, que no encuentro términos para calificar la criatura que fuese capaz de ello.

Ahora bien, pueblos, oid. Desde el abismo de desgracias, adonde os ha precipitado vuestra crédula confianza en una falsa sabiduría, madre del desorden y de la muerte, escuchad á la Religion que os dice: ¿Oh vosotros todos los que infructuosamente trabajais para renacer, los que sucumbis bajo el peso de las instituciones humanas, y de las doctrinas materialistas, venid á mí: naciones moribundas, venid; abandonad á esos empíricos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que acabar con la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresuraos, mirad que el tiempo insta: cada dia se debilita mas la vida en vosotras; la corrupcion cunde, la gangrena se extiende, y la disolucion va á consumarse: bien pronto ya no seréis mas que un cadáver hediondo y podrido: venid á mí, y os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO XII.

Importancia de la Religion con respecto á Dios.

Supuesto ya que hay una Religion verdadera, quiero hacer ver cuán injurioso es á Dios; y cuán criminal en el hombre el desprecio de sus dogmas y la violacion de sus preceptos.

Elevémosnos sobre el imperio de los sentidos, cerremos

<sup>1</sup> *Matth.* xi, 28.

los ojos y apartemos por un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, que llenándola de vanos fantasmas la distraen de la contemplacion de las realidades intelectuales, y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola en el mundo corpóreo, patria fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro verdadero ser, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imagen débil, una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la grande sociedad de todos los seres inteligentes, cuyo monarca es Dios: sociedad perfecta, y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y en parte pertenece desde este mundo; pero en la cual no se le señalará fija é irrevocablemente el asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que despojado ya de la librea mortal, haya dejado de pertenecer á la sociedad mixta, en la cual orden exige que sea probado temporalmente. Comprendamos que esta última sociedad no consiste tampoco en la reunion de los cuerpos y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder Supremo, que rige y gobierna todos los seres inteligentes; porque no hay verdadera sociedad sino entre ellos; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve cuando el hombre, materializándose, no pone, digámoslo así, en la sociedad mas que su cuerpo, su accion, y sus necesidades físicas. Comprendamos en fin, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y de majestad en la coleccion de los seres materiales; si los ha sometido á leyes acomodadas á su naturaleza, y de las que depende su conservacion; es un absurdo pensar que no hay ni existe orden alguno determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, que estarán abandonadas sin regla y sin leyes al destino que se formen ellas mismas. Esto repugna á las luces mismas de la razon. Todo cuanto es, y existe, está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion la de ciertas relaciones natu-